

Eduardo Gruber, que inaugura hoy *El perro azul* en la galería Evelyn Botella de Madrid, abre las puertas de su estudio santanderino a Miguel Fernández-Cid para desvelarle las claves de la exposición, muestra de sus “equilibrios entre la realidad y la ficción”.

EDUARDO GRUBER

“Son ahora mis cuadros los que eligen al espectador”

Directo y expresivo, siempre apasionado, Eduardo Gruber (1949) habla de su exposición en la galería Evelyn Botella y plantea un primer balance: “Lleva por nombre *El perro azul*, y se compone de 9 obras; han sido meses interesantes por la deriva que ha tomado el trabajo... Personal y profesionalmente estoy a gusto”. No oculto lo reconfortante que resulta escuchar esas palabras de un pintor al que sigo y aprecio, para mí uno de los más destacados de su generación.

Nos vemos en su Santander natal, donde mantiene una intensa relación de tensiones y afecto hacia su provincia. Le comento que esperaba un taller muy amplio y luminoso, porque es la idea que uno se hace cuando ve su serie *Las ciudades* o los 3 dibujos –grandes, arriesgados, ambiciosos, esplendidos: *museables*– con los que resolvió su anterior exposición madrileña, en 2007. No me contesta porque el espacio le parece bien y su cabeza está en la exposición: “Cada cuadro tendrá un tipo de espectador esperándole. El perro que mira, en el cuadro *El perro de los Robinson* es el perro, no un perro. Intuyo que *El último autorretrato de Pierre* no va a pasar desapercibido, por lo que explica y por lo que no. *Griffin* es algo más que el hombre invisible. El cuadro *Cómo robar un cuadro* sería impensable que lo hubiese pintado no hace mucho tiempo. Me siento especialmente satisfecho, aún en su modestia, con el cuadro *La voz de su amo*, por su simpleza. ¿Y qué decir de la mosca gigante de la colección del Dc. Chiula-t-z? *El último autorretrato de Pierre* es el cuadro que, para mí, mejor representa lo que busco. ¿Será un regalo envenenado lo que esconde la caja en la que está escrito ‘Merry Christmas from Balthasar’? Un autorretrato tiene algo de monólogo interior y Pierre, quién sabe, puede ser cualquiera”. Tras una pausa, conduce: “Ahora me siento cómodo haciendo equilibrios entre la realidad y la ficción, entre el *sueño* y la *vigilia*. Siempre me ha gustado la idea del trampantojo”.

Lo afirma con la misma seguridad con la que, en su individual madrileña de 2001, mostró un único cuadro; en Arco07, un gran dibujo que quedó como una de las imágenes de la feria, o anuncia una escultura para Arco09, una experiencia ya desplegada en la exposición *La ciudad portátil*: “Me interesa cualquier modo de expresión siempre que sea una vía que facilite decir lo que quiero. En el fondo, aunque la pintura, los dibujos, las esculturas móviles o las instalaciones, aparentemente sean propuestas alejadas conceptualmente unas de otras, no es así..., todas tienen un hilo conductor: detrás está el mismo artista. Ocurre, sin embargo, un hecho curioso por paradójico: mientras que en las pinturas o en los dibujos, es la geometría del plano del lienzo la que marca el lugar donde pueden ocurrir todo tipo de acontecimientos que se *prolongarán en el tiempo*, en las instalaciones que proyecta en la naturaleza, está el acontecimiento en sí –siempre lo es-, y son las geometrías las que colonizan la naturaleza *temporalmente*, siendo fundamental el concepto de lo efímero”.

El estudio donde ocurren las cosas

Tras la aclaración, retoma el relato: “Para un espectador que conozca mi pintura anterior, formalmente sería fácil de entender dónde están aparentemente los cambios, y es posible que dijese que la proporción de figuración ha aumentado sensiblemente. Sería un curioso modo de explicarlo. Pero, quizás, eso no sea lo más importante, incluso yo calificaría de anecdótico: sí es más significativo, y probablemente difícil de entender, la sensación que tengo de que son ahora los cuadros los que eligen al espectador, y eso es porque la génesis del cuadro parte de supuestos completamente diferentes a los procesos anteriores. Por ejemplo, el estudio toma otro protagonismo: no sólo es el espacio de trabajo, ahora es un lugar donde puede ocurrir cualquier cosa. Es como si uno se rigiera por unas premisas tan simples como: tengo ideas, muchas, puedo llevarlas a cabo, entonces debo desarrollarlas. Así de sencillo. Más que un compromiso lo entiendo como una obligación con el papel y con el tiempo en que me ha tocado vivir, un tiempo que, en lo concerniente al arte, lo entiendo bastante a contracorriente..., pero me gusta pensar el mundo en términos idealistas”.

Las obras proclaman su autonomía: la sorpresa de verse observado por el perro que asoma al cuadro, entrando en él con decisión; el misterio del rostro que desaparece, el imposible retrato a Griffin; el jeroglífico de citas y hallazgos que esconde *El último autorretrato de Pierre...* En Gruber existe siempre un juego por retratar lo esquivo, por darnos pistas directas y otras contradictorias, matizadas por una pintura que nos seduce por su densidad y nos inquieta por la manera como coquetea con los límites, como se aproxima y nos deja, como nos sorprende.

Algo parecido ocurre con la relación que establece entre pintura y dibujo, dos mundos propios que terminan relacionándose: “Siempre he tenido la impresión de que los dibujos, caso de la última serie *Display Windows*, han sido siempre por delante, abriendo caminos, y así ha sido otra vez. Los cuadros actuales requieren un modo de ver diferente, que sin embargo ya se presumía en los dibujos. Quizás sean cuadros sorprendentes para los que conocen mi obra anterior e imaginan que una trayectoria se apoya en la lógica, pero desconocen las múltiples claves que marcan mi trabajo”. Sin duda, la lógica que une sus propuestas es la entrega, la decisión, o la claridad con la que da por concluido un ciclo, sin prolongarlo, y plantea otra batalla: de la lejana evocación de atmósferas en sus cuadros de ciudades al abordar directamente los problemas de la representación en los actuales, verdaderos (¿auto?) retratos sin rostro, ecos de uno en la mirada ajena.

Tiempo de mudanzas

Gruber trabaja en dos estudios: en uno –junto a su casa- prepara los dibujos, en el otro los cuadros; y es de los que acude a diario. “El taller –matiza- es el lugar en el que puede ocurrir cualquier cosa, lo sé, pero también son los paseos cotidianos, las lecturas, los escritos, las conversaciones y sobre todo los sueños, los lugares donde habitualmente surgen los retos. Se suele decir `en tiempos de crisis no hagas mudanzas`, pero en el estudio se debe de actuar del modo contrario: cada cierto tiempo es conveniente *hacer mudanza*, limpiar el ambiente, cambiar lo cotidiano que te da una inconsciente seguridad en el trabajo, al tener referencias constantes, que te hacen preso del estilo, de los *mundos* que uno ha creado, cuando lo apasionante es descubrir nuevos. No es mala cosa trabajar con los cuadros que te rodean de espaldas... Cuando un estudio se vacía, aparece un silencio creativo”.

